



ANTONIO PASCUAL GARCÍA
ENTRE DOS MARES

Editorial Círculo Rojo

ENTRE DOS MARES

ENTRE DOS MARES

Antonio Pascual García

Círculo rojo – Novela www.editorialcirculorojo.com

Primera edición: enero 2012 Segunda edición: marzo 2012

© Derechos de edición reservados. Editorial Círculo Rojo.
www.editorialcirculorojo.com info@editorialcirculorojo.com Colección Novela

© Antonio Pascual García

Edición: Editorial Círculo Rojo.
Maquetación: Juan Muñoz Céspedes.
Fotografía de cubierta: © - Fotolia.es
Cubiertas y diseño de portada: © Luis Muñoz García.

Impresión: PUBLIDISA.
ISBN: 978-84-9991-648-1
DEPÓSITO LEGAL:

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. Editorial Círculo Rojo no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

IMPRESO EN ESPAÑA – UNIÓN EUROPEA

Para Laura, Alejandro y Pili.

CAPÍTULO 1

LA HIJA DE LA NIEVE

Yerevan (Armenia), finales del s. XIX.

U

na tarde de diciembre, la silueta de un águila cortaba el aire gélido. El sol invernal proyectaba la sombra del ave sobre las copas de los árboles. Entre la penumbra del bosque se escapó el aullido de un lobo. La sombra del águila llegó hasta una casa habitada por la familia Ivanov que esperaba desesperada un nacimiento y la llegada de un médico. En

ese mismo instante sonó la puerta de la calle: era el médico.

El mes de diciembre en esta parte meridional del Cáucaso es especialmente frío. Un clima normal teniendo en cuenta su situación geográfica. El abrigado médico entró en la casa saludando a la familia y entregó su abrigo al primer familiar que encontró por el pasillo. Alexander cogió el abrigo. El doctor entró en la habitación y, viendo las caras de preocupación de las personas que rodeaban a la muchacha, sentenció:

— Parece mentira que estemos en un nacimiento.

— ¿Por qué dice eso, doctor? —dijo Marta, la madre de Natasha, la parturienta.

— Pues porque, viendo sus semblantes, esto parece más un entierro que un nacimiento.

— Don Pedro tiene razón. ¿Quiere un trago de Vodka, amigo? —invitó Vladimir, el padre de la encamada.

— Déjate de historias, siempre aprovechando la oportunidad para beber —le reprochó Marta, su mujer.

— Las contracciones son muy seguidas. Mujeres, vosotras tenéis experiencia en estos asuntos —aseguró don Pedro que se había inclinado para reconocer a su paciente.

— Mi hermana y yo nos hacemos cargo. Tiene razón el doctor —dijo Marta.

— Venga conmigo, don Pedro, y le serviré un vaso de vodka —dijo Vladimir el escritor.

El médico y Vladimir salieron de la habitación y se dirigieron al gran salón. Al entrar, don Pedro se fijó en un libro que estaba apoyado en la chimenea y se dirigió hacia él. Sin pensárselo agarró el volumen y se dio cuenta de que era *Crimen y Castigo*.

— ¿Este libro de quién es? —preguntó asombrado. — Es de mi hijo Alexander; le encanta la literatura. — Pues su hi-

jo no deja de sorprenderme, amigo Vladimir. Este

libro es de mis favoritos —dijo don Pedro.

El escritor se inclinó para coger unos troncos para tirar al fuego. En ese momento un fuerte grito salió de la habitación de Natasha. Era su madre Marta, que estaba tranquilizando a su hermana Vera.

— No temas, que está todo bajo control, hermana.

— Traeré trapos y un barreño con agua —comunicó Vera saliendo de la habitación.

El doctor intentó dirigirse hacia la habitación, pero Vladimir lo agarró del brazo diciéndole:

— No padezca, doctor, que mi hija está en buenas manos. Mi querida esposa ha dado a luz a medio Cáucaso.

La puerta de la calle se abrió y apareció Iván Pavlov, el marido de Natasha.

— ¿Cómo está mi mujer?

— Parece que está dando a luz en estos momentos, pero es muy lento —dijo su suegro Vladimir apurando su vaso de vodka.

— Pues tendremos paciencia: llevo dos días en las montañas esperando, por esperar un poco más... me da igual. Ahora lo que estoy es un poco nervioso —sentenció Iván mientras miraba a Vera que entraba en la habitación.

— Dime, hijo, ¿habéis cazado mucho estos días en las montañas? —preguntó Vladimir dándole un vaso de vodka a él y otro al doctor.

— Pues hemos cazado ciervos y caza menor. No sé qué pasa con los bisontes, que suben a las montañas y encima no paraba de nevar. Es una barbaridad ir a cazar en esta estación, pero hay que comer.

— Tienes razón. Pero los que nos quedamos aquí esperando somos los que sufrimos. Y además a nosotros no nos hace falta dinero. ¿No es verdad, doctor? —dijo el escritor dirigiéndose a don Pedro, que estaba junto a la chimenea mi-

rando el fuego.

— Yo comprendo a Iván. Es muy joven.

De pronto, de la habitación de Vera surgió un grito.

— ¡Ya está aquí Tania y es blanca como la nieve!

Apoyado en la chimenea, el doctor observaba la escena. A su memoria vino el recuerdo de su familia. El médico vino al Cáucaso porque deseaba convertirse en médico rural, y también porque la familia Ivanov le había animado. Vladimir era escritor y decidió junto con su mujer viajar a esta parte de Armenia porque querían tener tranquilidad, él para escribir y Marta, para poder dedicarse a su gran pasión, la pintura. Vera, la robusta hermana de Marta, también se sumó a la expedición, y también Natasha, su hermano Alexander e Iván.

Cuando Iván cogió a su hija, su suegro se le acercó y le guiñó un ojo. El joven adoraba al escritor. Cuando se enteró de que su suegro quería ir al Cáucaso, él dijo que lo seguiría hasta la muerte.

— ¿Dónde está mi pequeña sobrina? —preguntó Alexander. — ¡Aquí la tienes, cuñado!

— ¡Pero miradla! ¡Si parece una muñeca de nieve, qué blanca! — Bueno, y aquí ¿cuándo se cena? —preguntó el doctor. — Ahora mismo asaré carne aquí en la chimenea y beberemos

vino de España —sentenció Vladimir.

— ¿Vino de España? ¿Y de dónde lo has sacado? ¡Qué callado te

lo tenías, amigo! —dijo el médico.

— Lo tenía guardado para una ocasión especial —comentó Vladimir.

Una vez Natasha estuvo descansando y la recién nacida durmiendo, los miembros de la familia se dispusieron a pre-

parar la mesa. El escritor se puso a poner la carne junto a las brasas en la chimenea bajo la atenta mirada del médico.

— ¿De qué trata la nueva novela que estás escribiendo, amigo? — preguntó don Pedro.

— La novela trata sobre la colonización de Hispania por los romanos.

— Qué interesante, me encanta la historia de España.

— Bueno, yo pienso que la historia de España es la más variada y, posiblemente, la más rica.

— Claro, yo pienso lo mismo amigo: los íberos, celtas, celtíberos, romanos, visigodos, árabes... y puedes estar toda la tarde hablando de la historia de España.

Cuando levantaron la vista vieron que toda la familia estaba sentada en la mesa y se echaron a reír. Se dirigieron hacia la mesa con la carne y la pusieron en el medio. El escritor se fue a por el vino a su bodega, que estaba en el sótano, en un lugar seco y fresco.

Una vez regresó a la mesa, le pasó la botella a su amigo el médico. Este cogió la botella y la abrió.

— Pasadme las copas que yo os serviré.

Una vez empezaron todos a comer, un silencio se adueñó de la estancia. Todos parecían disfrutar con la comida y con el vino. El pan estaba delicioso y estaban todos muy animados. Claro, era una noche muy especial.

— Este vino es una pasada, no he probado cosa igual. ¿De dónde es? — preguntó asombrado don Pedro.

— Es de La Rioja, un lugar en el norte de España, donde hacen unos vinos excelentes —dijo Vladimir.

— ¿Quién te lo consigue?

— Me lo consigue Andón, el padre de Alice.

Cuando oyó el nombre de Alice, Alexander rápidamente levantó la mirada de la mesa. El joven sentía algo especial

por aquella muchacha. De pronto, Iván se levantó de la mesa.

— Cena, Iván. Ya tendrás tiempo de estar con tu hija —dijo Vladimir.

— Déjalo, quiere estar con su mujer y su hija. Es normal —dijo el doctor alargando el brazo para coger la botella de vino.

— Pues también tienes razón.

El médico se quedó mirando a Alexander que estaba comiendo carne y bebiendo vino. Don Pedro apreciaba mucho a aquel muchacho.

— Alexander, ¿te gusta la medicina? — Pues si quieres que te diga la verdad, sí, y mucho. — Entonces mañana a primera hora ven a mi casa. Serás mi ayudante.

Terminada la cena, se dispusieron a recoger la mesa. Una vez recogida, el doctor y Alexander se sentaron cerca de la chimenea. El escritor fue en busca de una botella de coñac que guardaba en el armario.

— Amigo, te agradezco lo que estás haciendo por mi hijo —aseguró Vladimir sirviendo una copa al doctor.

— No es una molestia, es un placer tenerlo como ayudante.

— Doctor, yo he leído libros sobre medicina: Galeno, Avicenna... Pero me gustaría ser médico, o historiador como mi padre —dijo Alexander.

— Calla, hijo. Yo no soy historiador, soy escritor.

— Sí, padre, lo sé. Pero tú siempre escribes sobre historia y en cada libro te documentas como un historiador.

— Tu hijo tiene razón. Presiento que vamos a ser grandes amigos —dijo riendo el doctor mientras se levantaba y se dirigía a recoger su abrigo.

El doctor entró en la habitación y se despidió, pero ni Natasha ni Iván lo vieron porque estaban dormidos. Don Pe-

dro se dirigió hacia su casa. Vivía muy cerca de la casa de los Ivanov. Al entrar en su casa, se fue directo a la cama. Estaba muy cansado.

Al día siguiente lo despertó Anna, su sirvienta, para tomar el desayuno. Anna se sentó con él también, como tenía costumbre. Entonces Don Pedro le contó que Natasha había sido madre de una niña preciosa y que estaba esperando al joven Alexander.

En ese momento sonó la puerta de la calle y el mismo médico se levantó para abrir. Cuando abrió la puerta, se encontró con el joven que lo miraba callado.

— Pasa, muchacho. Como si estuvieras en tu casa —dijo el médico.

— Ven aquí, hijo —dijo Anna mientras se levantaba para ponerle el desayuno.

Una vez desayunaron, se dirigieron a la biblioteca donde el doctor tenía su maletín. Al entrar el doctor le mostró los utensilios que tenía para reconocer a sus pacientes.

— Hoy iremos a casa de unos armenios muy agradables que viven cerca de aquí.

Recogieron sus pertenencias y salieron fuera. En la calle hacía un frío espantoso, cerca de -20° y el aire acentuaba más el frío.

Cuando pasaron cerca de la taberna La Rosa de los Vientos una voz los llamó. Parecía muy asustado.

— Entre, doctor. Es Vasili: mire qué le pasa —dijo asustado Elías el tabernero.

Dentro de la taberna el médico se inclinó junto al paciente que estaba en el suelo para reconocerlo.

— ¿Qué te pasa, amigo? —preguntó el médico.

— Estaba diciendo que veía dragones por todas partes, doctor — dijo un asustado parroquiano.

— Esto es el delirium trémens, provocado por la falta de alcohol en la sangre. Este hombre está alcoholizado. Cuando beba otra vez, supongo que se le pasará.

— ¿Por qué dice «supongo», doctor? —dijo alarmado un amigo de Vasili.

— Lo digo porque podría tener un daño cerebral irreversible. Yo estaré muy cerca de aquí. Ahora volveré a ver cómo se encuentra.

Llegaron a casa de los armenios y el doctor llamó a la puerta. Una bella muchacha de pelo y ojos negros abrió la puerta.

— Buenos días, doctor. Pase y vea a mi pobre abuela. — ¿Ves, Alexander? Debes frotar las piernas de la paciente y luego ponerle este bálsamo.

El doctor se fijó en cómo su ayudante frotaba las piernas de la pobre mujer y luego le untaba las piernas con el fabuloso bálsamo.

— Esta paciente retiene líquidos y como no camina, las piernas se le hinchan y le salen estas pupas. Este tratamiento no la curará, pero hará que el deterioro sea más lento — dijo don Pedro.

Terminada la cura, salieron a la calle para dirigirse a la taberna.

Cuando volvieron a la taberna, lo que vieron no gustó nada al médico. El paciente continuaba igual o peor, diciendo palabras ininteligibles.

— Rápido, cójanlo. Vamos a mi casa —ordenó don Pedro

La casa del doctor estaba muy cerca de la taberna. Cuando llegaron encontraron a Anna, la sirvienta, en la puerta de la calle.

— ¿Qué ha pasado, doctor?

— No pasa nada. Y vosotros, entrad el paciente dentro de mi consulta —indicó el médico una vez estaban dentro de la casa.

— ¡Id con cuidado, animales! ¡Se puede caer al suelo! —dijo uno de los parroquianos.

— Vale, ya podéis iros. Nos hacemos cargo mi ayudante y yo.

— ¿Qué vamos a hacer ahora, doctor?

— Primero le pondré una inyección de tiamina —anunció don Pedro acercándose al armario donde guardaba sus utensilios de cirugía.

Don Pedro pinchó al pobre hombre, mientras Alexander lo observaba atentamente. Una vez hubo pinchado al desdichado, don Pedro le mostró unos pergaminos de anatomía.

— Observa estos pergaminos, hijo, mientras le hace efecto la medicación.

— Son fantásticos, doctor.

— Pues ahora son tuyos, amigo.

— Se lo agradezco, los estudiaré.

En ese instante, el paciente dejó de temblar y recuperó su poca cordura.

— Siéntalo en la camilla incorporándolo despacio —mandó el médico.

— ¿Por qué, doctor, despacio?

— Es muy sencillo, amigo: para que le baje la sangre despacio y así evitamos que se desmaye.

— ¿Y por qué se tiene que desmayar?

— ¡Basta ya! ¿Quieres volverme loco?

Una vez sentado el paciente, se dispusieron a guardar en silencio los utensilios que habían gastado.

— La jeringuilla y los platos de acero son para ponerlos con agua caliente —mandó don Pedro.

En ese instante sonó la puerta de la calle y Anna fue a abrirla.

— ¿Cómo está el paciente, doctor? —preguntó el tabernero mientras entraba en la clínica.

— Ahora ya está mejor, pero se irá a su casa.

— Me alegro. ¿Van a venir a comer a la taberna? Tenemos estofado de carne.

— Iremos y encantados, amigo.

El tabernero se llamaba Elías y era español. Conoció a su esposa en Valencia y pronto surgió el amor. Luego, su esposa lo convenció para que se fueran a vivir a Armenia y lo abandonó. Cuando llegaron a la puerta de la taberna, el doctor le hizo un gesto de negación al paciente para que se fuera a su casa. Resignado, el hombre se fue andando cabizbajo hacia su casa.

Los hombres entraron en La Rosa de los Vientos.

— Me alegra verlos juntos. El hijo de Vladimir, el gran escritor, y el mejor médico de Yereban —dijo Elías mientras les llevaba una jarra de vino.

— Sí, ahora es mi ayudante. Pienso enseñarle los secretos de la medicina.

Era mediodía y estaban hambrientos. Pero al fin apareció el tabernero con dos platos de estofado y pan con queso, que devoraron en silencio. Cuando terminaron de comer, don Pedro se dispuso a pagar, pero Elías le dijo que estaba invitado.

— ¿Ves, amigo mío? Aquí tienes una de las pocas ventajas de ser médico —dijo don Pedro a su ayudante riendo, mientras salían de la taberna.

— Tiene razón. ¡Mira que frío hace! ¡Está nevando! —Vamos a dar un paseo para que se nos baje la comida —sugi-

rió don Pedro.

Dieron un largo paseo y en mitad de la calle se cruzaron con Alice. Los dos jóvenes cruzaron sus miradas bajo la nieve que empezaba a caer en aquel duro invierno.

El pueblo armenio a lo largo de la historia ha sido objeto de numerosas conquistas y masacres, debido a su situación geográfica hallándose entre Oriente y Occidente. Diferentes civilizaciones se establecieron en este hermoso lugar situado entre dos mares, o bien continuaron su viaje y dejaron su influencia en la gastronomía, las costumbres y hasta en sus rasgos físicos. Persas, macedonios, romanos, árabes, etc. Muchos arqueólogos, historiadores y antropólogos coinciden a la hora de afirmar que el Cáucaso fue testigo de la revolución del hombre primitivo en la producción de metales. Incluso van más lejos asegurando que del Cáucaso surgieron las primeras civilizaciones.

Terminadas las celebraciones navideñas y de fin de año, la normalidad volvió a los pueblos caucásicos. El monte Ararat se mostraba majestuoso pese a su lejanía.

Una gran nevada caía sobre la casa de la familia Ivanov. Marta estaba pintando en su taller, que compartía con su marido Vladimir en la biblioteca. Era cerca de la noche y el escritor estaba leyendo junto a su esposa. Gustaba de leer el escritor por el día y escribir por la noche. Él siempre decía que por la noche estaba más inspirado.

El escritor cerró su libro y se acercó a la ventana.

— ¿En qué piensas, cariño? —preguntó Marta a su marido levantando la vista del lienzo.

— Pienso en Moscú. Creo que vienen tiempos difíciles.

— ¿La lucha de clases y toda esa parafernalia?

— Sí. Según cuenta don Pedro, su hermano le ha dicho que empieza a haber aires de una revolución.

— Tú sabes que eso no lo consentiría el zar. Además, nosotros vivimos aquí.

— Mira quiénes acaban de llegar, Alejandro y don Pedro — dijo el escritor quien, viendo la llegada de estos dos personajes, se sintió más feliz.

Cuando Alexander y don Pedro entraron en la casa, se dirigieron a ver a la pequeña Tania. Natasha, sentada a su lado, sonrió al verlos llegar.

— Mirad, ya están aquí los desaparecidos. Doctor, cuánto tiempo sin verle —dijo Natasha de forma irónica.

— Pues no tenía nada que hacer y he venido. Eso es todo.

— ¿Vosotros estáis locos, con la nevada que cae y por la calle andando? —dijo Marta entrando en la habitación.

— Pues sí, estamos locos... Pero de hambre —dijo don Pedro estallando en una sonora carcajada.

— Tendrás la cara dura... —Empezó a enfadarse Marta.

— Bueno, dejadlo estar ya. Vamos a la biblioteca, hablemos y luego asaremos carne —dijo el escritor dando por terminada la discusión.

— No se hable más —dijo don Pedro mientras le dirigía una sonrisa sarcástica a Marta.

Alexander cogió su libro y se puso junto a la chimenea a leer. Vladimir y don Pedro subieron a la biblioteca. A ambos hombres les reconfortaba estar en la biblioteca, tanto al escritor que, una vez terminó sus estudios en la universidad de Moscú, se dedicó a la escritura como a don Pedro. Por su gran pasión por la historia les gustaba estar rodeados de libros.

— ¿Cómo andan las cosas por Moscú? —preguntó Vladimir rompiendo el silencio.

— Pues según la última carta de mi hermano, parece que hay mucha tensión.

— Creo que al final vamos a tener suerte de vivir aquí —declaró el escritor viendo por la ventana a un grupo de gente

que se amontonaba en la puerta de su casa.

— Ya lo creo, amigo.

Los Ivanov eran una familia muy influyente en Yerevan. Pese a pertenecer a la clase alta, no eran nada aficionados a la religión ni a las reuniones sociales. Las gentes poco acomodadas veían en ellos a una familia en la que podían confiar. Gustaba a la familia de ayudar a las gentes desfavorecidas, por eso no dudaban en darles comida una vez por semana, acción que, sin ningún beneficio religioso o económico, mostraba una tendencia solidaria rara en estos tiempos entre la clase alta.

— Voy a repartir comida hasta las ocho de la noche. Tenéis treinta minutos para formar la cola —informó Marta.

La muchedumbre se agolpaba en la puerta de la casa de los Ivanov. Cuando un coche pasó por la puerta de la casa, una mujer rubia de mediana edad se asomó por la ventanilla y miró la escena con cara de repugnancia.

— ¡Mirad, ricos: los Ivanov sí son buena gente! —gritó una mujer hacia el coche.

— ¡No como vosotros, que lo queréis todo para vosotros! — continuó otra voz mientras el carruaje desaparecía en la lejanía. Vera parecía encantada sosteniendo en brazos a Tania. La hermana de Marta era rubia con los ojos verdes como su hermana. Era soltera y no tenía ningún compromiso.

— ¿Ha visto qué blanca es la niña, doctor? —aseguró Vera.

— Sí, es una criatura preciosa. Parece salida de la nieve.

Mientras tanto, Iván estaba en la cuadra acariciando a su caballo negro, llamado Bucéfalo. Adoraba a ese caballo, le encantaba montarlo. Nunca olvidará cuando se lo regaló su suegro. Era un verano caluroso de hace varios años.

— Mira qué caballo me he encontrado —dijo aquella tarde Vladimir.